

—¡Pero hombre, si no hay más que mirarlo! insistió mi defensor, volviéndome á arrebatarse de las manos de mi enemigo.

—Eso te digo yo, replicó éste volviéndome á coger.

Aquellos zarandeos me trastornaron por completo. Perdí el sentido, ó, para hablar más claro, me apagué.

Al poco rato, un terrible golpe me hizo volver en mí. Me acababan de arrojar desde el quinto piso á la calle.

III

Pero no bien hube tocado al suelo, cuando sentí que una mano caritativa me levantaba y me colocaba en un cómodo lecho, es decir, en el bolsillo de un chaleco.

Era completamente de noche. Yo sentía que me conducían no sé en qué dirección. Después comprendí que mi caritativo personaje subía escaleras. Más de cien debió subir, según el tiempo que en ello empleó.

Por fin sentí crujir una puerta, rechinar una llave y volverse á cerrar aquélla.

Una mano entró en el bolsillo y me sacó de él.

Ví que me encontraba en una bohardilla, pero en una bohardilla de las peores de Madrid.

IV

Si yo les dijera á ustedes que me estuvieron chupando siete meses sin acabarme de fumar, ¿lo creerían?

Créanlo ó no lo crean, lo diré; y para que se convenzan, les contaré cual fué mi suerte desde que penetré en la bohardilla.

El hombre que me recogió, cuando aquel ingrato fumador me arrojó á la calle, era un genio.

Con esto queda probado que nunca tenía un cuarto.

Traducía folletines, escribía romances, confeccionaba dramas, arreglaba comedias y hacía otras varias cosas que le proporcionaban un pedazo de pan para no morir de hambre.

Me cabe la honra de haberle inspirado en más de una ocasión.

Cuando escribía versos, yo no me separaba de sus labios; puedo decir que fuí, como si dijéramos, el incensario de aquella imaginación creadora.

«La sangre de los mártires caerá gota á gota sobre las cabezas de los tiranos,» escribía en cierta ocasión.

Yo representé la frase. Mi ceniza cayó grano á grano sobre el punto de una *i*.

¡Pobre hombre! Era muy desgraciado.

Veía que muchos literatos de plazuela se creaban por sí mismos una reputación de bombo y platillos, y él, en tanto, se moría de hambre.

En más de una ocasión sus lágrimas me apagaron. Lloraba, y pedía á Dios que le concediera cuando menos una plaza de gacetillero.

Su delicia era fumar, y el infeliz no contaba más que conmigo. Así sucedía, que me encendía, me daba dos ó tres besos, y, al mismo tiempo, en vez de cogerme como todos los fumadores cogen á sus cigarros, me apretaba por un extremo de los dedos índice y pulgar, y, naturalmente, yo me apagaba en seguida.

Le perdono los tormentos que me hizo sufrir, en gracia de la triste situación por que aquel desdichado atravesó.

Algunas veces el dolor me irritaba, y en un arranque de furor, no podía menos de vengarme, y le quemaba las yemas de los dedos. Con varias venganzas de este género se las puse negras.

Siete meses se pasaron así. Siete meses, durante los cuales visité todos los cafés de Madrid, todos los teatros por dentro, todas las redacciones de los periódicos, todas las casas de juego, todos los espectáculos que no costaban dinero. En todas estas excursiones yo lo

observaba todo con calma, porque generalmente iba apagado.

Un día nos echaron de la bohardilla, y aquella noche la pasamos en la plaza de Oriente.

Yo estaba ya próximo á extinguirme. A fuerza de chuparme y rechuparme, de apagarme y encenderme, el vate me puso, como dicen, á las puertas de la muerte.

No me quedaban más que dos dedos de vida. Era ya imposible que mi hombre me chupara sin quemarse los labios.

La mañana siguiente á la noche que dormimos al aire libre, el poeta me dirigió una mirada desconsoladora... y me arrojó al suelo lanzando un suspiro.

Caí encima de un pedazo de *La Correspondencia*.

V

En aquel trozo leí otro de una noticia. Se decía en ella que el gobierno trataba de dirigir la vista hacia los poetas.

No lo creí; pero no pude menos de recordar los siete meses que el poeta me tuvo en su poder, y dije para mí: si el gobierno tendiese la mano á muchos que hoy están en la miseria,

como el que me acaba de arrojar aquí, ellos y la nación ganarían mucho.

Héme aquí esperando acabar mis días.

Ya sé cuál será mi suerte. Vendrá un chiquillo, me cogerá, y, en unión de algunos desdichados como yo, me llevará á alguna portería, ó á algún café, donde me picarán, me pondrán un sudario de papel de hilo, y me venderán como habaño. Mi tumba será la boca de algún tonto.

¿Qué quedará de mí? Un recuerdo triste y el aroma que he dejado en la bohardilla.

Podré decir parodiando al rey francés:

Todo se ha perdido, menos el olor.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

¡POBRES MUCHACHAS!

QUÉ culpa tienen en ellas?
Ya saben ustedes de quiénes hablo.
¿Qué culpa tienen ellas, repito, si no
las han educado?

Ni tuvieron cuando eran niñas, una madre
que las enseñara á ser buenas, ni supieron nunca
lo que es amor.

Nacieron con fatal estrella. Oyeron lo que no
debieron oír, supieron lo que nunca saber debían,
leyeron tal vez lo que no debieron leer.

Les enseñaron, á lo sumo, el Catecismo de Ripalda,
la Cartilla, los Ejemplos morales y las Fábulas
de Martínez de la Rosa.

En cuanto pasaron desde la antesala de la infancia
al deslumbrante salón de la juventud, se quedaron
ciegas, no vieron la senda que debían seguir.

Se quedaron sordas; no oyeron la voz del amor,
ni la del deber, ni la de la honradez. .

Tenían ojos y no veían; tenían oídos y no oían.

Las presentaron en los salones de la juventud, sin advertirles que en muchos ángulos de aquellos faltaba el suelo bajo los pies, y era fácil caer en un precipicio.

No les enseñaron más que á sonreír con estudio, á hablar con libertad, á vestir con lujo.

¿A quién no le deslumbra el oropel?

Las debieron enseñar á amar á un hombre y á apreciar á todos, y precisamente les enseñaron á amar á todos sin apreciar á ninguno.

Ellas tenían un corazón, y en él amor, y no lo sabían; todavía no lo saben.

El amor, en el corazón de la mujer, es como el diamante en el carbón. Allí hay fuego, muerte y luz. Es preciso sacar el diamante del carbón, es preciso que la luz brote, que el fuego y la muerte desaparezcan.

No hubo quien sacase el diamante, y el diamante está todavía en bruto.

Ellas nacieron buenas, como nacen buenos casi todos los seres racionales. Les sucedió lo que á la mayor parte de éstos; no siguieron siendo buenas porque las inclinaron al mal.

También las hay entre ellas, quienes, desoyendo la voz de la verdad, se han arrojado en los brazos de la mentira.

Pero tienen la disculpa de la falta de educación.

Eran pobres, quisieron trabajar y no encontraron trabajo.

No lo encontraron, porque en España el trabajo de la mujer está reducido al cosido, al bordado. Y para esos dos ramos ¡hay tantas muchachas!

Esas tantas, por muchas que sean, no pueden ser todas. Las que no están comprendidas en las tantas que trabajan, están siendo cada cual *una de tantas*.

Los gobiernos que aquí mandan no reparan en eso: no reforman, no inventan algo. No comprenden que la mujer española se pueda sentar detrás de un mostrador á vender telas, ó á vender cigarros, ó á componer abanicos, ó á llevar un libro de caja.

No quieren volver la vista á Francia, á Inglaterra; no quieren comparar, porque verían que no saben dar impulso á las artes, al comercio, á la industria, á las manufacturas.

Prefieren tener un negociado en sus oficinas para reglamentar á una parte del sexo bello (1).

Volvamos á ellas.

No pudieron trabajar, no pudieron tener el valor, el heroísmo de morir antes que sucumbir, y sucumbieron. ¿Y cómo no habían de sucumbir si la seducción continua y los alicientes que á ésta acompañan siempre, las hicieron caer?

Son débiles, son descendientes de aquélla que

(1) 1865.

todo lo sacrificó al gusto de clavar sus dientes en una manzana.

Debemos perdonarles su debilidad.

Dejadlas, vosotros los que las increpais. Dejadlas; el mal ya no tiene remedio; hoy son bellas; mañana sus frescas mejillas perderán ese color sonrosado y ese brillo seductor que hoy tienen.

Su porvenir es muy obscuro. Salieron de la miseria, pero no observaron que la serpiente se mordía la cola, que iban á recorrer un círculo.

De la miseria salieron, á la miseria volverán. Hay una cosa, que pertenece al gobierno, donde todas ellas tendrán segura hospitalidad cuando no puedan arrastrar sedas y blondas, cuando no puedan aparecer por calles y paseos amenazando á todo el que pasa por su lado con sus incendiarios ojos.

Esa gran casa es... el hospital.

¡Pobres muchachas!

PARÉNTESIS

LA opulencia es muchas veces la máscara con que se engalana la estupidez. Hay en Madrid algunas cabezas de las cuales Gall no podría decir nada. *Aimable*, ó *Sisi*, ó *Crúchares* podrían decir mucho de ellas.

Entre el pobre que nos pide limosna en la calle y el amigo que nos pide cuatro duros en casa, existe una sola diferencia. El primero es un pobre y el otro es un pobretón. Siquiera el segundo se da el tono del aumentativo y merece consideración por su categoría.

—¿Cuánto vale ese cigarro, mozo?

—Ocho reales.

—¡Uf! ¡qué miseria! dame diez.

Un año después:

—¿Mozo, me quiere usted dar un cigarro?

—Me lo han prohibido: debe usted dos docenas.

—¡Ni uno siquiera! ¡qué miserables!

Muchas mujeres que pasean por las calles de Madrid me parecen una especie de *cosa* que se compra y se vende como un objeto de bisutería. Al verlas tan hermosas y tan falsas, tan elegantes de cuerpo y tan negras de alma, cada cual de ellas me parece un sér que Dios empezó y acabó el demonio, el cuarto enemigo del alma, el octavo pecado capital, la gloria de un crimen, el índice de un libro en blanco.

—
Se habla de grandes seductores y se murmura de grandes miserables. Se admira la miseria de los que engañan á una mujer, y se censuran las faltas cometidas por las víctimas de la miseria. Entre un Juan Tenorio y un Juan Valjean, estoy por el segundo.

—
¿Qué es lo más necesario para vivir?

LA FÍSICA. El aire.

EL SIGLO. El dinero.

LA RELIGIÓN. La fe.

LA MISERIA. ¡El pan, señores, el pan!

—
Un usurero me decía en cierta ocasión:
—Crea usted que al prestar dinero no hago negocio; todo el que puedo hacer es nada; una miseria.

—¡Cuántas miserias habrá usted hecho! me ocurrió decirle.

Parece que la miseria se aproxima al cielo y la opulencia á la tierra. Obsérvese que ésta habita en los cuartos principales y aquélla en las bohardillas. Si á un millonario le dijeran que un pobre podía estar sobre él, se irritaría y negaría esto, que es una verdad, supuesto que hay infinitas familias sumidas en la miseria, que están pisando continuamente sobre infinitas familias que nadan en la abundancia.

La miseria es la muerte, ha dicho un escritor francés. La miseria es la vida, escribió un loco en Inglaterra. La miseria es la muerte en la vida, ha sentado un escritor alemán encomiador de los pobres.

Ha dicho Smith que el trabajo es una moneda corriente. Un jornalero que oyó esta frase me dijo:

—Hace veinte años que tengo las manos llenas de dinero, y nunca he podido reunir cuatro duros.

Érase un pintor que no tenía sobre qué caerse muerto. Un pariente suyo, banquero, le escribió en cierta ocasión:

«Píntame un cuadro sobre este asunto: *La miseria personificada.*»

El pintor se retrató y envió el retrato al paciente. Al mismo tiempo le contestó:

«Allá va el cuadro; envíame dinero.»

El banquero volvió á escribir:

«Eres muy gracioso, pero no has pintado lo que yo quería. Te envío veinte reales pero á condición de que me pintes una miseria.»

Entonces el artista pintó un duro y envió su cuadro al banquero.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LA NIÑA PERDIDA

I

Marido, mujer é hija.

El año de 62 vivía en Madrid una familia, de la cual, siguiendo una antiquísima costumbre de cuantos escriben cuentos y novelas, diremos que era pobre, *pero honrada*. Componíanla un anciano á quien los vecinos de la calle de Tudescos llamaban el *viejo manco*, porque, en efecto, lo era, merced al cariñoso saludo que una bala le hiciera en los campos de Navarra, allá por los años en que Zumalacárrregui y Zurbano disputaban sobre quién era mejor, si doña Isabel ó don Carlos. Martínez, que así llamaban al viejo sus compañeros de armas y su esposa, quedó, pues, manco del brazo derecho, y por ende imposibilitado de trabajar. Su esposa doña Bibiana, vetusta señora, vivo retrato de la estatua de la libertad, pro-

curaba consolar las aflicciones de su esposo, ora obligándole á referir lances de la campaña, ora leyéndole la *Marcela* ó *El Diablo Mundo*, ora haciéndole reparar en los encantos con que el cielo había dotado á Luisa, fruto de bendición de aquel atortolado matrimonio.

Luisa era la tercera persona de aquella trinidad, que pasaba feliz su vida en un sotabanco de la calle de Tudescos.

Luisa era la alegría de la casa, el báculo de la ancianidad de Martínez y la caña de Indias de la vejez de doña Bibiana.

La familia estaba pobre, muy pobre. Martínez disfrutaba de una escasa pensión, de esas que el gobierno da á los inválidos que han defendido á la patria y que acostumbra á pagarles con el atraso suficiente para que se mueran de hambre. Doña Bibiana trabajó algún tiempo, durante el cual cosía ó bordaba *para afuera*, como vulgarmente se dice, procurando ganar algo *para dentro*; mas la edad, la vista perdida, el frío del sotabanco, y otras varias cosas, la impedían ya dedicarse á trabajos delicados, y como tan sólo los delicados sabía, hubo de resignarse á la edificación de castillos en el aire, honrosa profesión, esencialmente española, pero que no da ni honra ni provecho.

Y decía á veces conversando con su esposo:

—Mira, Martínez; esta Luisa tiene unas manos que hacen primores. Dentro de poco estará en

disposición de poder entrar en un almacén de modas y poder ganar para toda la familia. ¿No te parece?

Y Martínez decía que sí; y el tiempo pasaba, y Luisa crecía.

Luisa llegó á tener diez y seis años. A esa edad hay muy pocas muchachas feas; y Luisa, además del encanto que diez y seis primaveras llevan consigo, reunía mil y mil encantos nuevos, que la diferenciaban de todas las niñas de la edad misma.

Así fué, que un día que salió al Prado llevando del brazo á *papá*, el sol se obscureció, la tierra tembló y los muertos resucitaron.

Y á papá le cayó tan larga baba, que aquella tarde no hubo necesidad de regar el Prado.

Luisa oía por todas partes requiebros, por todas partes alabanzas y piropos, y decía:

—¿Seré yo tan hermosa como dicen?

Nunca se había mirado al espejo. En su casa no lo había.

Aquella tarde, al volver á su sotabanco, ocurriósele mirar á una tienda de la calle de la Montera. Era un almacén de cristalería.

¡Oh placer! Luisa se vió multiplicada por veinte, en otros tantos espejos. Y dijo sonriendo:

—¡En verdad que no soy fea!

Volvió á su casa, cenó... la tercera parte de media rosca que mamá guardaba desde el día.

anterior, y oyó de los labios de doña Bibiana que al siguiente debía presentarse á la modista en jefe de uno de los establecimientos más acreditados de la calle de Carretas.

Luisa tenía una carrera. Tenía un porvenir que á ella le pareció de color de rosa con listas encarnadas. *¡Oh faustum die!*

II

Sueños de modista.

La niña se presentó á la modista, de la cual fué muy bien recibida. Preguntáronle las compañeras cómo se llamaba, cuántos años tenía, qué sabía hacer, si tenía novio...

Al llegar á esta pregunta Luisa se puso encarnada como una amapola, y las modistas creyeron que la muchacha tenía novio, como ellas se habían figurado, pero Luisa les aseguró que nó y comenzó á pensar que era una *mala vergüenza* que todas lo tuvieran y ella no.

Martínez y doña Bibiana tomaban todas las semanas de manos de Luisa el jornal que ésta ganaba y comenzaron á vivir con más holgura.

Todo respiraba felicidad en el sotabanco de la calle de Tudescos. Elogiaba doña Bibiana.

las virtudes y el excelente corazón de la niña; besábale la frente Martínez; dábanle palmaditas en el hombro los camaradas del veterano; y cuando entraba en el cuchitril, el faldero y el gato corrían á ella ladrando el uno y limpiándose los bigotes el otro. Aquel cuadro era digno del pincel de David Teniers y de la pluma de Mesonero Romanos.

Pasáronse así dos meses. Luisa iba convenciéndose de que era muy hermosa, á fuerza de oírlo decir á todo el mundo; y á medida que sus padres aumentaban en el pecho la alegría, ella aumentaba en el suyo la tristeza y el fastidio.

Hablaba sola y decía sobre poco más ó menos:
«Es un fastidio que una se pase todo el día encerrada y no pueda ir un rato á divertirse después de acabar la tarea. Desde el obrador al sotabanco á hacer caricias al gato y á escuchar la relación de los muertos y heridos que los amigos de papá dicen que hicieron en la guerra civil. Además, se ve una precisada á vivir con estrechez, á comer poco y mal, á no poder vestirse un poco decente. Todas mis compañeras lo pasan en grande, tienen novio que las obsequia y las convida al café; están vestidas con elegancia, frecuentan la Zarzuela, van á Capellanes... ¡oh... Capellanes! debe de ser el Paraíso; y yo aburrida, fastidiada, pobre; nó, pues yo no soy tan fea, y no me

será difícil encontrar un amante. Si á mí me saliera un novio...»

III

Le salió un novio.

Así soñaba la modista. La infeliz Luisa, como la llamaban sus compañeras cuando la oían lamentarse de su estado.

Doña Bibiana y Martínez estaban tan satisfechos de la conducta de su hija, que á fuerza de oírles, toda la vecindad se hacía lenguas de la niña. Un gacetillero, que vivía en un sotabanco adyacente al de la dichosa familia, dedicó á Luisa unas seguidillas en las que la llamaba neréida y arcángel, y otras frioleras. Un perfumista ambulante, que habitaba en el cuarto cuarto le regaló un frasco de *Miel de Inglaterra*; la doncella del cuarto principal le cortó una chambre de percal, y la portera le decía «hija mía» y le daba las buenas noches, siquiera por darle algo. Luisa era el *Dieu de l'endroit*, como dicen los franceses.

Una tarde, á tiempo que salía del taller, un elegante joven le dijo que si le permitía que la acompañara.

Luisa no pudo resistir á los atractivos del pollo, y aunque no dijo que sí, tampoco dijo que no; se limitó á sonreír, con lo cual dió motivo al pretendiente para decirle que tenía dos sartas de perlas dentro de la boca.

Luisa estuvo á punto de perder el sentido.

Principió á llover. El joven desenvainó un paraguas y resguardó de la lluvia á la modista. Dijole que la acompañaría hasta el fin del mundo, y como Luisa no iba tan lejos, hubieron de detenerse en la calle de la Luna, esquina de la de Tudescos.

Las flores que salieron de la boca del recién enamorado no están en ningún tratado de botánica, ni las conocíó Linneo; pero Luisa las comprendía perfectamente y hubo de ceder á la irresistible lógica de su tocayo, pues Luis se llamaba también el joven, según aseguró á la ídem.

Luisa le dijo, que puede ser que le quisiera; le dijo además, donde vivía, y le dijo también que al siguiente día podría verla á la misma hora.

Luis le suplicó que aceptara un billete para Capellanes. (1)

Era miércoles. El amante dijo «hasta maña-

(1) En aquella época, Capellanes estaba en todo su esplendor.

na.» La amada dijo «*abur*» y las aguas cubieron las aceras de la calle de Tudescos.

IV

Los amigos de papá.

Aquella noche, Luisa, que no cesaba de pensar en el novio que le había salido y en el próximo baile de Capellanes, habló del baile en casa con objeto de ver que parecía á sus padres, de esta clase de diversiones.

—¡Uf!—dijo doña Bibiana.

—¡Capellanes!—exclamó Martínez. El nombre tan sólo es capaz de incomodar á un patriota.

—Pues allí van mis compañeras y se divierten mucho.

—¡Infeliz!—dijo la madre.—Si tú supieras lo que les sucede á las muchachas que van á Capellanes...

Luisa deseó entonces más que nunca saber lo que en el baile sucedía.

En tal punto entraron los amigos de Martínez y terciaron en la conversación.

Si la empresa de los bailes les hubiera oído, acaso al día siguiente los periódicos hubieran dicho, que de un sotabanco de la calle de Tu-

descos habían caído cuatro veteranos, ni más ni menos que cuatro cáscaras de naranja.

La conversación se hizo general. Se habló de la moral, de los horteras, de las costumbres, de las modistas, de los libertinos y del biftek con patatas. Se dijo que la desmoralización cundía, que el mal no tenía remedio, que ¡ay de aquellos que se olvidan de sus deberes! Se hizo la relación de las mujeres que se han perdido desde que el baile impera en la Corte; se condenó el vicio y se cantaron las excelencias de la virtud y de la honradez, únicas señoras del mundo conocido.

Luisa dejó á los amigos de papá que hablaran lo que quisieran y se dirigió al lecho virginal, á consultar con la almohada lo que debía de hacer.

Muy mal efecto le causaron las palabras de la reunión, mas no por eso dejaba de conocer que, algo y aun algos de lo que en ésta se había dicho, podía tener sus visos de verdad.

Se durmió y soñó que bailaba una habanera, recostando la cabeza sobre el hombro derecho de Luis.

V

En Capellanes.

Pasemos por alto las reconvenciones que la modista, á cuyas órdenes trabajaba Luisa, hizo

á ésta por lo distraída que estuvo todo el día del jueves. Pasemos por alto la sangre que brotó del dedo índice de la niña, á causa de las miradas que ésta dirigía á la calle por ver si pasaba Luis. Pasemos por alto doce mortales horas, que se pasaron antes de que Luisa pudiera salir del taller, y después de decir que su bellissimo tocayo la esperó á las ocho y media á dos pasos del establecimiento, sigamos á los dos felices amantes, los cuales principian por alquilar un traje de *beata* (qué anomalía, ¿verdad?) que Luisa se viste de prisa y corriendo, y acaban por entrar en el gran salón de Capellanes, á tiempo que dan las nueve y media en el reloj de la Puerta del Sol.

¡Oh, asombro entre todos los asombros, placer entre todos los placeres, espectáculo entre todos los espectáculos! Luisa estaba alucinada; iba de un lado á otro, bailaba con Luis, con los amigos de Luis, y con los conocidos de los amigos de Luis. El calor la obligó á quitarse el antifaz, y entonces todos los hombres la requebraban; y mirábanla con ojos envidiosos todas las mujeres que allí había.

—Marqués llevas del brazo á la reina del baile, dijo un pollo á otro.

Este *otro* era Luis. Luisa le miró; y convencida de que el marqués á quien se había dirigido el pollo era su amante, se creyó la mujer más feliz del mundo y miró por encima

del hombro á todas las máscaras del salón.

Se bailó, se amó, se cenó, y después de la cena, Luisa creía que el salón estaba iluminado por diez gruesas de millones de luces, y que no sólo bailaba ella sino también los espejos y las otomanas y los candelabros.

Por último, salió de Capellanes del brazo de Luis y se perdió en la obscuridad de las calles.

.....

.....

Quando volvió á su casa eran las cinco menos cuarto. El portero se quedó asombrado al ver entrar á Luisa á tales horas. Esta subió á obscuras los ciento veinticuatro escalones, que la separaban del sotabanco, y empujó la puerta. Martínez dormía sentado en una silla baja, embozado en un capote azul. Doña Bibiana paseaba por el cuarto. Un cabo de vela de sebo, colocado en una palmatoria de barro, alumbraba con escasísima luz el cuarto, y estaba próximo á extinguirse.

Quando Luisa entró, creyó que había treinta palmatorias, y treinta cabos, y treinta veteranos, y treinta mamás en el cuarto.

Ni Martínez, ni su esposa, se habían acostado, á pesar de que tenían costumbre de hacerlo á las diez y media. Esto era lo único que Luisa comprendía en su embriaguez.

—¿De dónde vienes?—preguntó doña Bibiana, cuyos ojos centelleaban.

—¡Ah!—dijo Martínez, que había despertado:—hija mía, creíamos que te había sucedido alguna desgracia.

Esta balbuceó:

—Hemos tenido mucho que hacer; hasta ahora hemos estado cosiendo...

—¿Y ese traje? gritó doña Bibiana.

Luisa iba vestida de beata.

—¡Has ido al baile!—gritó Martínez.

—Sí; ¡y me he divertido mucho, mucho, mucho!—exclamó Luisa, prorrumpiendo en una estrepitosa carcajada.

Martínez cogió su caña de Indias y la levantó en el aire. Doña Bibiana se interpuso entre el veterano y la niña. Luisa continuaba riendo se había caído al suelo. Entonces el cabo entregó el alma al candelero y todos quedaron del mismo color.

VI

Luis desapareció.

Al día siguiente, Luisa fué al taller muy ojerosa y pálida. El portero, al verla salir, sonrió maliciosamente; la portera le dijo ¡ya!

¡ya! y Martínez y doña Bibiana oyeron, en el sotabanco de al lado, varios comentarios de la conducta de su hija.

Luisa estaba muy incomodada con sus padres y muy enamorada de Luis. Éste le había prometido la noche anterior esperarla el día siguiente en el sitio de costumbre.

Luisa pasó el día esperando que llegara la noche; á las ocho salió del taller. Dieron las ocho y media y Luis no pareció. Sonaron las nueve, y Luis no venía. Sonaron las diez, y las diez y media, y Luis no vino.

La pobre muchacha se dirigió, llorando, á la calle de Tudescos. Sus padres no le dijeron una palabra; los amigos de Martínez le dijeron, ¡hola, señorita! con cierto acento intencional.

Se acostó y no pudo dormir en toda la noche. Ni al siguiente día, ni al otro, ni al otro, pudo ver á Luis en ninguna parte.

Pasó un mes, y le sucedió lo mismo, Luis no volvió á presentarse á ella.

Luisa se desesperaba al ver á tantas muchachas elegantemente vestidas que la deslumbraban al pasar por su lado. Ella tenía que entregar su jornal á sus padres, y sus padres la trataban mal desde el lance de marras. Estaba, *aburrida* y *fastidiá*, como dicen las del oficio.

VII

Don Jaime.

Un nuevo personaje vino á sacarla de la desesperación en que se encontraba.

Le llamaban D. Jaime; tenía cuarenta años y cuarenta mil reales de renta anual. Era soltero, gordo, y no mal parecido. Se dedicaba á varias ocupaciones; fumar, beber, pasear, leer *La Correspondencia*, ir al café de Levante, y al Paraíso del Teatro Real, y á las riñas de gallos, y al circo nuevo. Hé aquí su vida. Tal maña se daba en ganarse la voluntad de las niñas, que sus numerosos amigos, aquellos á quienes convidaba á cenar ó á fumar tabaco habano, le llamaban D. Jaime el Conquistador, con lo cual, nuestro hombre, se creía el mortal más feliz que puede haber sobre la haz de la tierra.

Luisa le conoció un día que entró á comprar un sombrerito de moda para una bailarina. Luisa tuvo la habilidad de desbancar á la bailarina, y de poner á prueba el talento amatorio de D. Jaime.

Éste se dedicó á amar á Luisa, y ella comenzó á pensar en su porvenir.

Mas hé aquí que doña Bibiana enfermó de

gravedad, y entonces Luisa, hay que hacerle esta justicia, entonces no pensó más que en su madre, y determinó ser buena hija, y no curar de las palabras de D. Jaime.

Un día en que Luisa estaba de muy mal humor porque doña Bibiana había pasado muy mala noche, una compañera de taller la dijo que hiciera el favor de guardarle un pedacito del vestido que llevaba para llevarlo al Museo como preciosa antigüedad.

Efectivamente, el vestido de Luisa era de moda pasada.

La joven se irritó y contestó á su amiga que le enseñara los lindos trajes que debería tener.

Al día siguiente, su compañera fué al taller con un traje nuevo y muy bonito.

Luisa lloró y se hizo sangre en las uñas.

Por la noche D. Jaime la esperó como de costumbre á la salida del taller, y por más que se empeñó en que Luisa le dijera que le quería, la muchacha estaba demasiado irritada para complacer á D. Jaime ni á nadie. La humillación por que le había hecho pasar su compañera, la tenía desesperada.

Al pasar por una de las tiendas de la calle de Espoz y Mina, D. Jaime hizo detener á Luisa delante de un escaparate.

—Mira que precioso vestido, le dijo.

En efecto, el vestido era elegante; encima de

El había una etiqueta, con esta significativa cifra: 1.000 reales.

—¡Ah! sí, exclamó Luisa rechinando los dientes.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Pues es tuyo.

—¡Mío!

—Sí; entremos: yo te lo regalo.

Aquella noche Luisa no pareció por casa. Desde entonces hasta la fecha, ni Martínez, ni doña Bibiana, ni las modistas supieron de ella.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA Pasaron dos años.

Sí, dos años se pasaron: dos siglos para los padres; dos minutos para la hija. Dos años de orgía, de desorden, de bulla y de jarana. Dos años de esos que son la historia de la mujer del mundo, á la cual este marido hace pasar tantas alternativas. Hoy no se come, mañana no se duerme, pasado mañana se cena en casa de Lhardy y el otro se almuerza opíparamente en el Suizo. Hoy se viste de seda y encajes, mañana de harapos; hoy se miente amor, mañana se miente felicidad; hoy se empeña una mujer en

deslumbrar á las demás y casi lo consigue; mañana se empeña el último vestido y casi no hay prestamista que quiera recibirlo; hoy se vive para morir mañana, y resucitar á los dos días para volver á morir á los tres. Hay días en que el cielo es límpido y sereno; otros en que ese mismo cielo se torna obscuro y tempestuoso. El mundo es grande, la vida larga, la hermosura deslumbradora, el pudor es una preocupación, el deber no es más que lo contrario del pagar, el trabajo una cosa brutal, la moral una tontería, todo es mentira, todo farsa. ¡Vivamos!

Así llegó á pensar Luisa. Así llegó á ser la niña de moda, el *non plus* de la gracia y el donaire.

Dos años pasó ¡cosa extraña! ciega en medio de la luz, horrible con ser bella, infeliz, en medio de la dicha. ¡Qué horribles dos años!

IX

La niña perdida y hallada en el templo.

Llegó un día en que no tuvo un pedazo de pan que llevar á la boca. No hay nada más terrible que el hambre.

Pidió y no le dieron; sus adoradores le dijeron que se iba volviendo muy fea y muy tonta.

Sus amigas no la saludaban al encontrarla en la calle. Iba mal vestida.

Sucede á los grandes criminales lo que á los marinos; es á saber, que no se acuerdan de Dios más que en el momento mismo en que Dios les abandona. Hasta aquel momento, Luisa no había pensado en la Providencia.

Después pensó en su madre, en el pobre veterano, en los amigos, hasta en el portero de su casa.

Sin pensarlo quizás, se dirigió por la calle del Desengaño á la de Tudescos.

¡Cruzaba la calle del *Desengaño*! ¡Cuántas veces la había pasado! ¡Cuántos desengaños hubo de recibir antes de pasarla esta última vez!

Eran las seis de la tarde. El tiempo estaba frío, y Luisa casi desnuda.

Al llegar á la iglesia de San Martín, sus ojos se fijaron en varios pobres que á la puerta estaban. Por la primera vez en su vida pensó en dar una limosna. Precisamente entonces, que no tenía dinero. Fué á entrar en el templo. No dejaba de pensar en Dios, y quería orar antes de volver á la casa paterna. Un hombre salía de la iglesia llevando del brazo á una mujer muy hermosa.

Luisa estuvo á punto de caer al suelo sin sentido. Aquel hombre era Luis.

Se acercó á él rechinando los dientes de ira, y por más que quiso hablar, no pudo.

Luis sacó una moneda del bolsillo, y la dijo:

—Toma, pero no te acerques, que me vas á manchar.

No la había conocido.

Luisa apretó la moneda entre las manos y se le turbó la vista. Apoyóse en una de las columnas de la puerta del templo, y un intensísimo suspiro partió de su pecho.

En aquel momento un pobre ciego, que estaba sentado en el suelo, le dijo:

—¡Una limosna por Dios, que tengo mucha hambre!

Luisa se estremeció: volvió la vista y dejó caer la moneda en la mano del ciego.

—Tome usted; hermano, murmuró; no tengo más.

El ciego se levantó y exclamó con acento conmovido:

—¡Hable usted más, buena mujer, hable usted más; por favor se lo pido.

—Decía que no tengo otro dinero.

—¡Luisa! ¡Luisa mía! gritó el mendigo.

Luisa dió un grito y cayó sobre las losas de la calle.

Aquel ciego era Martínez.

X

Fin de la historia.

¿Quieres saber, oh pacientísimo lector mío, lo que pasó en los dos años que Luisa faltó del lado de sus padres?

Doña Bibiana murió á consecuencia del disgusto que la desaparición de la niña le ocasionara. Martínez se encontró solo, pobre, sin tener lo suficiente para el pan de cada día. Un mal nunca viene solo; la vejez y unas pícaras cataratas se encargaron de dar al traste con la vista de Martínez, y hubo de acudir á pedir limosna, merced al retraso con que el gobierno le pagó la pensión, de la cual todavía le debe seis meses.

Porque has de saber que Martínez vive, y que Luisa trabaja catorce mortales horas todos los días, y que con el producto de su trabajo mantiene á papá y lo pasa lo mejor que puede.

Tiene un remordimiento. La muerte de su madre. Y un consuelo. Ir todos los domingos á la Sacramental de San Justo á rezar un *pater noster* delante del nicho donde aquella en polvo reposa. Cuando sale á paseo con su padre y pasa por su lado una muchacha de las mil que

por Madrid pululan, una de esas niñas que van siempre solitas y luciendo vistosos trajes y ostentosos adornos, Martínez le pregunta al oír el crugido de la seda:

—¿Quién pasa con tanto ruido?

Y Luisa responde:

—Papá ¡es la miseria que va de máscara!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

DRAMA ALEGÓRICO

ESCENA CCCXXII

POESÍA — MÚSICA — PINTURA — ARQUITECTURA
COMEDIA

*(Decoración de España. Bastidores de Madrid.
Cielo obscuro.*

MÚSICA

DESPERTAD, ¡oh necias hermanas mías!
Vuestras almas no sienten ya la llama
que en vuestro pecho ardía; se ha extin-
guido sin duda. El sol dora las cimas de los
montes; Céfire anuncia la llegada de Aurora, y
yo canto á la Naturaleza. Ni el trinar de las
aves os conmueve, ni mis acentos os despier-
tan...

POESÍA

¿Quién habla del sol, y de los pájaros, y de
la aurora? ¡Ah! ¿eres tú? No me culpes; há
muchos días que no duermo. ¡Salud, oh nue-
vo día! Eterno seas y presagiador de venturas.

MÚSICA

Duermes mucho.

POESÍA

Te engañas. Una semana hace que no he pegado los ojos. Nadie me admite en su casa. Alguna maldición pesa sobre mí. Ni me fian patronas, ni me prestan prestamistas, ni me protegen los que se llaman amantes de la madre España. Anoche dormí acurrucada en una de las esquinas del que fué teatro Español.

MÚSICA

Y yo en la calle de Jovellanos. Allí donde Zarzuela nada en la abundancia.

COMEDIA

Buenos días. ¿Hablábais de Zarzuela? Preséntese, y muera.

POESÍA

Cálmate. Zarzuela está reposando sobre sus laureles de anoche. El público le aplaudió frenéticamente.

COMEDIA

¿Qué dió Zarzuela al público?

POESÍA

Don Simón, Los dos ciegos...

MÚSICA

¡Oh dioses! ¿No me concederéis un poco de estrignina?

PINTURA

¡Y en tanto nosotros dormimos al raso!

COMEDIA

¡Hola, picarilla! ¿Nos escuchabas?

PINTURA

Sí; soñaba con Rafael y despierto con *Don Simón*; esto es horrible.

COMEDIA

Eres muy indolente. Ayer he visto una decoración de salón en un teatro, que te estaba insultando á grito herido. ¿Por qué lo sufres?

PINTURA

Tal es mi destino. Si quiero alzar la voz, un fotógrafo me la recoge y la vende á cuatro reales por calles y plazuelas.

Ayer maravilla fui
hoy sombra mía no soy.

POESÍA

Tiempo es ya de tomar un partido extremo. Mientras ruines copleros atentan á mi vida, y miserables aprendices á las vuestras, los pueblos os olvidan, los gobiernos os miran con despre-

cio. Flores agostadas que ayer esparcías odorífero aroma, hoy sois hojas secas destinadas al laboratorio de un boticario. A mí nadie me hace caso. A tí, hermana Pintura, te arrojan al rostro un frasco de nitrato de plata para destruir tu belleza; tú, ¡oh divina Música!, mueres por consunción, y á tu entierro acompaña una falange de modistas, de pollos y de horteras cantando en infernal concierto habaneras y boleros. Tú, arte divino, Comedia desdichada, mueres á manos de Cómicos franceses y afrancesados españoles. El hambre nos ciega, el frío pone ateridos nuestros desnudos miembros; fuimos todo ayer, no somos nada hoy; ¿qué vamos á ser mañana?

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Metafísica estás.

COMEDIA

POESÍA

Es que no como.

MÚSICA

Mi voz enronquece, necesito vivir en una atmósfera más templada.

PINTURA

Busquemos ante todo un palacio donde habitar.

COMEDIA

¡Palacio! ¡Si yo encontrara una bohardilla!

MÚSICA

Nadie nos cede un rincón donde dormir.

PINTURA

Es preciso crear; tú, Poesía hermana, acude á tu natural ingenio y ve como edificamos un palacio digno de nosotras, un palacio que haga enrojecer de vergüenza al Museo que lleva mi apellido.

MÚSICA

¿Y quién, desdichadas, ha de edificarlo?

ARQUITECTURA

Yo.

COMEDIA

Ya despertó la dormilona. Cinco siglos hace que duerme.

ARQUITECTURA

Dicen que quien duerme, come.

POESÍA

Haznos un palacio.

ARQUITECTURA

Dadme un artista y él será la palanca con que yo levante el mundo.

POESÍA

¡Ilusa! Dirige la vista á aquella columna minigitoria. ¿No ves un prospecto pegado en ella?

La imprenta te da el golpe de gracia. Ésto ha matado á aquéllo. Vuelve á dormirte.

ARQUITECTURA

Oh, sí, dormiré, y quieran los dioses que jamás despierte. Yo hice el Escorial, Nuestra Señora, la Basílica, la Giralda; yo, que había hecho la Alhambra, y antes, mucho antes, el Partenón y las Pirámides. Hoy mis enemigos hacen esos estrechos cajones de pasas, con tres filas de huecos cuadrados, sobre los cuales, á guisa de montera, campea un tubo de chimenea ó una bohardilla. No puedo sufrir el insulto, mas no puedo defenderme. Buenas noches.

COMEDIA

Oye antes de acostarte. Constrúyeme el teatro Nacional y vete luego.

ARQUITECTURA

Pasarán los siglos y el teatro *Real*, tirano que te oprime, dominará sobre tí.

MÚSICA

¡Revolucionaria! Creo que me has insultado.

ARQUITECTURA

Desafía, pues, al Gobierno. Dejadme en paz.

COMEDIA

¿Es decir, que nos quedamos sin casa?

POESÍA

¡Y sin almuerzo!

MÚSICA

¡Oh, también tú has degenerado! También lloras por el prosáico puchero...

PINTURA

¿Y tú, cómo vives?

POESÍA

Se alimenta con las naranjas que el público le arroja.

MÚSICA

¡Miserables! No sois dignas de estar á mi lado. De hoy más viviré en Inglaterra. Allí hay amor á la música.

COMEDIA

Como domesticas las fieras...

PINTURA

Yo vuelvo á Italia; allí nací, allí moriré.

COMEDIA (*á la Arquitectura*).

¿Nosotras, nos moriremos, ó qué hacemos?

ARQUITECTURA

Déjame dormir. Ya os he dicho que os dirijáis al Gobierno.

COMEDIA

Pues señor, esto es hecho. Me dejaré morir debajo de una mesa en el café Imperial, Ateneo moderno.==(1868).



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EXPOSICIÓN DE POBRES

EN un pueblo en que todo se expone, no hay nada más expuesto que salir á la calle.

Exposición de vestidos, exposición de joyas, exposición de juguetes, exposición de fieras, exposición de todo.

Por doquiera que uno va, encuentra exposiciones de las que tiene que apartarse, sopena de caer en el lazo.

El comercio es un enemigo leal; ataca á nuestro bolsillo, pero nos lo advierte; y así, cada vez que vamos á entrar en un establecimiento cualquiera, un enorme cartel, colocado sobre la puerta, nos grita con toda la fuerza del color con que está pintado: *Exposición*.

Hé aquí una palabra equívoca que se presta á algunas consideraciones. Hay varias clases de exposiciones en Madrid.

Todas ellas pueden dividirse en dos grandes grupos: exposiciones directas y exposiciones

indirectas; ó sea las que el comercio nos pone delante, y las que se nos ponen delante por sí solas, ofreciéndonos un raro y repugnante comercio.

Porque entre el comerciante que asesta á nuestro bolsillo directamente, tratando de seducirnos con el cebo que coloca en el escaparate de su tienda, y otros individuos que sin ser comerciantes atacan del mismo modo á nuestro bolsillo con otros cebos, existe una diferencia notabilísima.

Unos ojos negros, una palabra fácil, una desgracia admirablemente fingida, una adulación dicha á tiempo, una suscripción, una noticia, cualquier cosa, nos ponen al borde del precipicio en medio de la calle, exponiéndonos con sus atractivos á caer en la tentación, como á un niño colocado delante de la Exposición de juguetes.

Y como hemos llegado á un punto en que todo se compra, supuesto que todo se vende, no hay nada más fácil que comprar una mirada, un gesto y tantas otras cosas como por nuestro lado pasan. Contrastando con la exposición directa y con la exposición indirecta, hay una tercera en Madrid en la que ¡cosa extraña! nadie se fija.

Exposición que no exige dinero, lo suplica; que no tiene el atractivo de la que se encierra dentro de un escaparate ó dentro de un vestido

nuevo; que no atrae con sus miradas como otras exposiciones, ya porque generalmente no puede mirar, ya porque estas otras se llevan tras de sí toda la atención pública. No es el comerciante quien coloca esta exposición á la vista del público, ni es ella misma la que en medio del arroyo se coloca: su mismo destino la arroja en medio de la calle; la miseria y la desgracia la exponen al público en todos los tiempos, de día y de noche, con calor y con frío, para que los corazones sensibles se conmuevan, y las gentes indiferentes sonreían.

Nos referimos á una exposición que no lo es más que para los que miran con horror lo que llaman proletariado. Para las demás gentes es una exposición como otra cualquiera, una colección de objetos que se colocan á la vista del público.

II

«¿Será posible que Dios haya querido que sólo algunos de sus hijos sean felices en la tierra?

¿Será posible que la mayor parte de ellos no lo sean?»

Así exclamaba un gran escritor del vecino imperio al fijar su vista en los mil y mil desdichados que en los campos, en las ciudades, en las aldeas, le salían al paso en España.

No podemos menos de repetir las palabras del escritor francés. ¿Será posible que esto suceda? ¡Oh! sí, lo es; lo es por desgracia de los pobres y del pueblo en que padecen su pobreza.

Ellos no poseen nada, absolutamente nada; colocados sobre la tierra como aquel que vino á ella desde el cielo, destinados están á sufrir la befa y el escarnio de sus semejantes. No poseen más que ese cielo azul y puro que consideran como suyo, á través del cual vislumbran una esperanza.

Ellos no lloran porque desde niños han aprendido á no llorar; no padecen porque el sufrimiento es en ellos inveterada costumbre, la conformación ley inmutable. No tienen familia, su familia es el mundo; no tienen padre, su padre es Dios. Hijos de la miseria, lanzados en medio del camino de los que nadan en la abundancia, si alguna vez se atreven á pedir una limosna, son rechazados del lado de los que no padecen, y su único consuelo sobre la tierra es una cariñosa voz que descende del cielo:

—¡Bienaventurados los pobres!

Hay otros seres á quienes todo el mundo envidia; dichosos al parecer y acaso más desgraciados que los que viven en la indigencia. Seres que por todas partes se ven, sirviendo de ostentoso adorno á las grandes ciudades que necesitan de ellos para vivir su vida comercial. Seres que consumen riquezas inmensas y gastan en un

día lo que aquellos otros séres no han podido gastar en todos los que cuentan de existencia. Séres que comprenden el verdadero significado de la palabra «limosna» y dan á lo sumo al pobre que se les acerca, una miserable moneda que, al caer en la mano del mendigo, parece un sarcasmo lanzado al hambre de tres ó cuatro días, que está próximo á acabar con su azarosa vida.

¡Oh! ¡qué horrible contraste! Vosotros los que vivís la regalada vida del poderoso, que tenéis riquezas de que disponer, placeres de que gozar, criados á quienes mandar, fausto y galas que lucir, ¿os habéis acordado alguna vez de los pobres? ¿No los habéis visto en la fría noche de Enero acurrucados en el portal de un templo buscando en la casa de Dios el asilo que en las vuestras se les niega? ¿No les habéis visto despertar al ruido que vuestros pasos hacen en la acera y pedirlos entre soñolientos y despiertos una limosna para comprar con ella un pedazo de pan? ¿No les habéis visto al día siguiente desfallecidos, casi exánimes, arrastrar su mísera existencia, ya acompañados, ya solos, llevando alguno sobre sus débiles hombros uno, dos, tres de sus hijos? Y esos niños, ¿nada dicen á vuestro corazón? Vosotros nacisteis en dorada cuna; cubiertos fuísteis con ricos paños; solícitamente cuidados por mil y mil parientes, deudos y servidores; y así crecisteis y llegásteis un día á ser hom-

bres, lo cual acaso no será dado al niño que os pide una limosna balbuceando, á quien dáis un empujón porque os estorba el paso, y á quien tal vez encontraréis un día muerto de frío y hambre en medio del arroyo. Váis á la iglesia sumisos y devotos, al parecer; ¿oráis en ella? pues si oráis, ¿cómo no os acordáis de los pobres? Cuando á la salida del templo, los pobres os acosan tomando el nombre del dueño de la casa en que acabáis de estar, ¿por qué no hacéis caer sobre su mano las monedas que os quedaron de las que perdisteis anoche en el juego? ¿O es que tenéis el corazón seco?

¡Pobres de los pobres! ¡Nadie se acuerda de ellos!

En la gran confusión de las calles de la Corte, en ese coro infernal cantando por cien distintas voces, la débil voz de la miseria no puede oirse.

La estentórea voz del vicio la ahoga, la arroлла y la confunde; la chillona voz del placer se burla de ella.

III

Podríamos preguntar al Gobierno: ¿por qué tú, que de todo te ocupas, no te ocupas de los pobres?

¡Ah! cuestión sería ésta que al Gobierno le parecería de poquísima importancia. ¿Qué le importa, al que está colocado en el poder, de la triste condición del pueblo?

No importa que haya pobres, mientras haya caballos que conduzcan blandamente sobre los dóciles muelles de sus carretelas á los que se ocupan en formar *proyectos* de leyes. Lo demás es lo de menos. Mientras haya porteros que saluden respetuosos, y lacayos que sirvan como perros, ¿qué importa que haya gente desgraciada? Además, que el gobierno es sobrado generoso en ocasiones dadas. En las ocasiones solemnes, en los grandes acontecimientos, si un príncipe nace, si una batalla se gana, el triunfo del ejército, el nacimiento del real vástago, se solemniza con «una comida á los pobres». La comida es opípara y los pobres pueden vivir con lo que en ella coman, cuatro, cinco ó seis, ó más años, hasta que se les obsequie de modo parecido.

IV

Nada más podemos decir. Cuanto habláramos sobre esta materia, sería enojoso, y acaso imposible por ahora de ser publicado.

Hemos dedicado una buena parte de nuestro libro á los pobres; á falta de otro consuelo que pudiéramos darles, sirvan nuestras palabras de lenitivo á su dolor. En cuanto á aquellos que, como nosotros, les contemplan, que les ven todos los días como nosotros y que pueden más que nosotros protegerles, ¿qué podremos decirles? Nada, absolutamente nada. Quédanos sólo un desahogo. Presentar al pobre hambriento y desnudo, la verdadera pobreza en toda su desnudez. La pobreza del alma.

El pobre español ha venido á ser un tipo *sui generis*, una cosa extraña, casi incomprendible. *Rara avis in terra*.

Si es sano y robusto, y pide trabajo, no se lo conceden. Su aspecto inspira desconfianza. Si está impedido para el trabajo y quiere entrar en uno de esos establecimientos que el Gobierno ha fundado, necesita ir provisto de una colección de documentos, por los cuales han de exigirle dinero que no posee.

Si quiere pedir limosna en medio de la calle, obligásele á ejercer una industria cualquiera, por ejemplo: ¡sarcasmo cruel! se le obliga á cantar, á divertir á los transeuntes; y se le numerará como á un presidiario. Si nada sabe hacer, se ve precisado á correr de calle en calle como un criminal, ocultándose á los perspicaces ojos de la policía. Quédale una sola esperanza; la limosna que sus semejantes quieran

arrojarle al pasar por su lado; y este caso ¡es tan poco frecuente!

Desde que se ha dado en decir que la mitad de los pobres no lo son, nadie quiere dar limosna, porque nadie quiere pasar por plaza de incauto; solamente alguno que en tal ó cual ocasión ha sido pobre y comprende lo horrible de aquel estado, ó alguno que se halla en parecido caso al en que se encuentra el que la limosna le pide, socorren la indigencia con verdadera caridad, con verdadera fe.

Es decir, que la esperanza de los pobres, son los pobres mismos.

¡Pobres de los pobres!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

FIN DE «LA MISERIA EN UN TOMO».

CUENTOS Y SUCEDIDOS



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA
(ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA)

BLASCO ⁽¹⁾

PÍDEME mi buen amigo Paco Bueno, editor del presente libro, un retrato de Eusebio Blasco; y yo le digo que eso no puede ser.

Para retratar, se necesita aquella soberana impasibilidad, aquella serena imparcialidad, aquel total desinterés, que tanto recomienda la moderna escuela naturalista, y que solamente suelen encontrar—gracias á la perfecta impasibilidad de sus chirimbolos—aquellos hombres á quienes León XIII ha llamado, en muy buenos versos latinos, usurpadores de los rayos del sol, y á quienes los demás del vulgo llamamos Alviach, Debas, Laurent, Hebert ó Barcia.

Todo ese desinterés, imparcialidad é impasibilidad, son dotes que rara vez poseemos los artistas—permítanme los toreros y los peluqueros que me adjudique este título—ante el amigo ó el adversario que nos sirve de modelo.

(1) Prólogo de la primera edición de este libro, que se publicó en 1886.

Si es amigo y se le retrata con la suave y bondadosa complacencia de un Federico Madrazo, ni el original lo agradece, ni los «mirones» tienen para qué darse por satisfechos. Si el pincel obedece á la mano franca y severa de un Emilio Sala, el modelo frunce el ceño, y cualquiera que sea su nombre, las gentes le llaman Benito y le hablan de su amigo el pintor...

Por lo que toca al adversario, ¿quién ha de pensar en retratarle, como no sea imitando la manera de Goya en sus aguas fuertes?

Si se le trata rindiendo culto á la verdad, achúcase esta virtud á ruín desahogo; y en cuanto á hacerle favor, ocioso es pensar en despojarnos de nuestra condición terrestre; porque ni el mismísimo Murillo hubiera sido capaz de pintar á su suegra con cara de ángel, ni el beato Fra Angelico tan santo, que pusiera nímbo de oro al guardián de su convento.

Por todo lo cual, y porque la mejor semblanza de Blasco que conozco, la ha hecho él mismo en un romance digno de Quevedo, titulado Vera effigies, renunció á empresa semejante, y me contento con arrojar sobre el papel aquello que los pintores llaman una ligerísima mancha de color, y que, en efecto, suele exigir no pocas veces la intervención del quitamanchas de la esquina.

Entre los hombres que dan más lustre en nuestros días á la literatura patria, puede decirse que Zorrilla representa el españolismo; Tamayo, el buen gusto; Echegaray, la fuerza; Galdós, el talento; Valera, la elegancia clásica; Campoamor, la incredulidad amable y sonriente; Alarcón, el espíritu meridional; Pereda, la sin-

ceridad artística; Núñez de Arce, el dominio de la forma; Menéndez Pelayo, la voracidad intelectual; Fernández Bremón, la agudeza; Alas, la sátira; Zapata, el vigor poético; Sellés, la audacia; Fernández y Gonzáles, la invención; Cano y Masas, el desenfado; Blasco, la facilidad.

¡La facilidad, sí!

Preguntaban á Auber en cierta ocasión:

—Maestro, ¿quién le parece á usted mejor, Meyerbeer ó Rossini?

Y el maestro respondió:

—Rossini, es la fuente; Meyerbeer, la mina.

Ingeniosa clasificación que podría aplicarse igualmente á los artistas y literatos todos; porque mientras hay unos—como decía el autor de *La Mutta del autor de Los Hugonotes*—que poseyendo dentro de sí tesoros riquísimos, han menester de constante y tenaz labor para sacar á la luz del día, pulidos y abrigados, los productos del oculto venero, hay otros hombres—como el músico inmortal de *El Barbero de Sevilla*—que al jugar de los dedos sobre las teclas del piano, al vagar del lápiz en caprichosos trozos, ó al correr de la pluma, hacen surgir el concepto melódico, la escena de la realidad ó las visiones del espíritu, sólo con dejar fluir la natural corriente de su ingenio, sin que baste la pereza á esterilizar el manantial, ni la voluntad y el trabajo excesivo á mejorar lo que de suyo es bueno, ni á hacer más copioso lo que de suyo es abundante.

A esta casta de artistas, á los del lado de la fuente, pertenece Eusebio Blasco.

Abandonando la pluma al humor del momento, á aquellas ganas de reir ó de llorar, que hacían decir á Espronceda:

«Allá van versos donde va mi gusto.»

ha escrito Blasco comedias y proverbios, zarzuelas bufas y poesías llenas de sentimiento; romances que un día parecen de Góngora y otro de Serra; notas del alma que no parecen ciertamente hermanas de los cáusticos donaires del Gil Blas y El Garbanzo; novelitas cortas en que la observación de lo real conmueve é impresiona; cuentos y narraciones en que la fantasía se va por los cerros de Úbeda, y el lector la sigue cautivado y seducido; artículos políticos para todos los gustos, según soplan los vientos en esta desmantelada meseta de Castilla; himnos un día á las rancias reliquias del pasado, y cánticos después en honor de las fecundas promesas del porvenir; cuándo, el estudio castizo y puro de las cosas de la tierra; cuándo, la movida é incorrecta crónica de la vida parisiense... Y todo ello, grato, fresco, ligero, sencillo, espontáneo y animado, lleno de luz y de calor; oliendo á tomillo y romero, si el asunto es campestre; impregnado de la fragancia del new moon hay, si el asunto es cortesano; tratando lo más frívolo y trivial con la mayor gravedad y delicadeza; hablando de lo más serio y respetable con una informalidad pasmosa.

¡Oh, la informalidad de Blasco! Ha dado origen á muchas historias y á no pocas leyendas; pero yo creo que tiene la hipocresía de la informalidad.

El estilo es el hombre; y como él escribe sin disfra-

zar, ni afeitar, ni embadurnar, el estilo con mentidos coloretos, como deja correr la pluma sin ningún género de meditación, guiada sólo por el natural impulso del espíritu, puede decirse que el que lee á Blasco, ve sus moradas interiores—que diría la santa española—á través del cristal que debiéramos llevar todos en el pecho,

«como cierto dios quería.»

Blasco es tan fácil en la producción, que casi todos los originales de sus comedias, versos y artículos, podría llevar al pie la frase aquella de las cédulas y los pasaportes:

Va sin enmienda:

La tachadura, la corrección y el retoque son para Blasco pecados de lesa personalidad artística. Cada cual es como es, y porque sí. No á todos convence esta razón; pero, al fin y al cabo, no deja de ser una razón en el país de la española infantería.

Un día mandó Blasco un recado á casa de su zapatero, á ver si se daba prisa en terminarle un par de botas...

Réplica del maestro de obra prima al criado del escritor:

—¡Dígale usted á D. Eusebio que si se figura que hacer un par de botas es lo mismo que hacer una comedia!

Sin querer, el honrado industrial había trazado uno de los rasgos más salientes de la fisonomía literaria de su parroquiano. Blasco ha compuesto buena parte de sus obras cómicas en menos tiempo del que se emplea en hacer unas botas... ¡de las que corren prisa!

A la facilidad, condición característica de Blasco, hay que juntar un espíritu de asimilación de los más sorprendentes.

Sin dejar de ser perpetuo hijo de la parroquia de San Gil de Zaragoza, ha sido el madrileño más madrileñizante que se ha conocido. En Andalucía es andaluz; en París, boulevardier de pura raza; donde quiera que va, se pone en seguida al cabo de la calle; intima al momento con el gran señor y fraterniza de repente con el mozo de cordel... Sus facultades de asimilación han contribuido en gran modo á la renovación de nuestros gustos. Es de los que más han modernizado nuestros periódicos y nuestros teatros, sin despojarles—en este punto es intrasigente—del carácter nacional.

Quando las óperas bufas de Offenbach daban la vuelta al mundo, dijo que lo que hacían en París Meilhac y Halévy, bien podían hacerlo otros en Madrid, y entonces compuso á vuela pluma El joven Telémaco, Los caballeros de la Tortuga, Los progresos del amor, Los novios de Teruel y otras farsas igualmente jocosas... Trajo al teatro español los proverbios franceses, dándoles tal aire de Madrid, que parecían tan hijos de la tierra como el sainete y el pasillo. De entre las seis ó siete deliciosas escenas de Un caprice, de Alfredo de Musset, hizo surgir una comedia en tres actos, tan llena de interés como de carácter castizo. ¡Oh, qué brigadiera aquella de El pañuelo blanco!—Los que acusan á Blasco de plagiarlo, debieran comunicarnos esa receta tan sencilla que hay para convertir una marquesa de Musset en una militar española, y para sacar de no sé

qué oscuros rincones de París una andaluza como la de Los dulces de la boda, ó un catalán como el de Jugar al escondite.

Pudieran también decirnos de paso cómo se puede, sin perder el gusto de la clásica sopa de ajo y el puchero nacional, paladear de pronto aquella refinadísima esencia de la cultura parisiense, que bautizó Nestor Roqueplán con el nombre de parisina, y cuyo aroma sutil y penetrante no aciertan á percibir muchísimos hijos de la gran ciudad, con ser ellos—¿y cómo no?—los mayores devotos de esa substancia impalpable é inasequible.

Hé ahí al Blasco de la vida literaria... En cuanto al Blasco de la vida íntima, con sus buenas cualidades y sus defectos, ¿qué he de decir?

Que tiene un corazón de oro.

Y que, por eso mismo, suele empeñarlo algunas veces.

MARIANO DE CÁVIA.

Madrid, Febrero de 1886.

EL OJO, EL DIENTE Y EL CABELLO

MARÍA...

Me conviene llamarla así, porque este es un nombre á la vez vulgar y bello. María había vuelto del baile, y arrojaba sobre su tocador, sobre las sillas, sobre las alfombras, sobre todas partes, adornos, flores, brillantes, lazos, cintas, guantes, pañuelo, todo, en fin, lo que la había transfigurado para ir á oír elogios y galanterías... ¡que no había oído!

¡Y María se miraba en el ancho espejo de su *palissandre*... y se detestaba!

¡Ella, que un tiempo fué la reina de los salones!

¡Ella, que había trastornado las cabezas más firmes de España!

¡Ella, que había tenido el inmenso placer de derrotar á casi todas sus amigas!

Pero ¡ay! también Napoleón tuvo su Waterloo.

«Todo pasa,» decía Santa Teresa de Jesús, santa y sabia. «Todo pasa; sólo Dios es eterno.»